

SOLILOQUIO QUINTO.

SOLILOQUIO QUINTO.

DULCÍSIMA vida mia,
En quien la inmortal está,
Por quien vivo, y por quien ya
Morir mil veces querría:

Cuando en esa cruz os miro,
Puesto que tantas se os ven,
No teneis llaga, mi bien,
Que no me cueste un suspiro.

Queda el sentimiento en calma
Del consuelo que procuro,
Porque pienso que las curo
Con el aliento del alma.

Entristézcome de suerte,
Que á veces, Señor, quisiera
Que un ángel por Vos muriera,
Por no sentir vuestra muerte.

Mas luego vuelvo, mi Dios,
A pensar que me obligara
Tanto, que me enamorara,
Como yo lo estoy de Vos.

Mejor es que á Vos os deba,
Dulce Jesús, tanto amor,
Aunque ver vuestro dolor
A tanto dolor me mueva.

Cuando niño, os contemplaba
Niño en brazos de María,
Y en su divina alegría
Tiernamente me alegraba:

Mas hombre, y hombre tan malo
Que no haceis ley que no quiebre,
Ya no os busco en el pesebre,
Sino clavado en un palo.

Cuando vuestra Madre sale
Con tal agnus por joyél,
No hay rosa, lirio y clavél
Que vuestra hermosura iguale:

Mas cuando, Cristo amoroso,
De la cruz pendiente os ven,
Como me haceis mayor bien,
Me pareceis mas hermoso.

Porque con esas corrientes
Y llagas dulces y hermosas,
Todo sois lirios y rosas,
Todo jardines y fuentes.

Que esas espinas divinas
Son para enseñar, mi Dios,
Que aunque sois jardín, en Vos
Se ha de entrar por las espinas.

Pues dejadme entrar, Señor,
A coger rosas tan bellas,
Descanse el alma con ellas,
Que se desmaya de amor.

Causais amor tan profundo
Muerto de amores, mi Dios,
Que envidia los que por Vos
Parecen locos al mundo.

No hay amor, no hay voluntad
En cuantos el mundo admira,
Porque todos son mentira,
Y solo amaros, verdad.

Dulce Señor de mi vida,
Es vuestra lumbre tan cierta,
Que en llegando á vela muerta
Queda por Vos encendida.

Rebelde estuve primero,
Y en ofenderos constante;
Mas ya labró mi diamante
La sangre de ese cordero.

No le tengais en prision,
Dad lugar, ¡oh cruz suave!
A que los brazos desclave,
Para que me dé perdon.

Que pienso, aunque le ofendi
 Con tanta mortal flaqueza,
 Que ha bajado la cabeza
 Para decirme que sí.

Pero dejadme llorar,
 Que aunque habeis por mi pagado.
 Ya para el menor pecado
 Me parece corto el mar.

DULCÍSIMA vida de la que
 vivo, en quien consiste la
 vida, que no puede morir
 y sin quien no hay vida, por quien qui-
 siera yo morir mil géneros de muertes,
 agradecido á la que Vos padecisteis por
 mí, tan inocente, que pudiera deciros lo
 que aquel dichoso ladron, que se halló á
 vuestro lado en vuestra muerte. Yo jus-

tamente la padezco por mis delitos, pero Vos, Cordero inocentísimo, ¿qué habeis hecho que con tan crueles tormentos os la han dado?

Cierto, Señor mio, que cuando os estoy mirando en esa cruz, sin que del cabello á la planta haya cosa sana en vuestro divino cuerpo, que no teneis llaga donde como á blanco divino no aseste mi corazon un tiernísimo suspiro, pensando por ventura, que el aliento del alma (que eso pienso yo que son los suspiros) podria, sino curarlas, ablandar el rigor con que las tiene secas, mas que el aire de la noche, el de mi ingratitud, que es

cierzo que os traspasa las entrañas, porque este solo de los elementos del hombre, parece que puede hacer impresion en Vos.

De manera, gloria de los cielos, siento el veros tan lastimado, desamparado, afligido y descoyuntado en esa cruz, que algunas veces, con el desatino de mi dolor, quisiera que algun ángel hubiera padecido lo que Vos padeceis: mas Vos que pasando todos los divinos collados de sus gerarquías, tomásteis nuestra humanidad, fué justo que hicieseis esta tiernísima hazaña de amor, para que no se pusiese en el ángel sino en Vos, por-

que tan graves tormentos padecidos por mí, á nadie era justo que se dividiesen sino á solo Vos.

Mirad, bien mio, lo que hace pensar una amorosa imaginacion en un alma que os ama; á lo menos que desea amaros mucho: y ¡ay, Señor, quién os amara tanto, que se aborreciera á sí! Acuérdome, dulcísimo Jesús, que cuando yo alguna vez en mis tiernos años me acordaba de Vos, me causaba notable alegría el veros niño en brazos de vuestra hermosa madre, deleitábame la historia de vuestro nacimiento, el veros, Señor mio, en un portalico de hielo, encogida vuestra gran-



C. MUGICA, dib.º y lit.º

Lit. de J. DONON Madrid.